

la estepa florecida

Ricardo Curci



poesía

1

del cementerio se levanta un vaho de cristal
que se rompe como la piel seca de los muertos
tierra como un gran hueso quebrado
cuando caminamos sobre él

habitamos la superficie de un cráneo
cuyo centro contiene la masa ígnea del cerebro

la cabeza humana es un cementerio

2

el gato de oro

se comió tres cuartos del pastel

preparado por la abuela del carcelero

un pastel de habas con corazones de alcaucil

devuelto por perros hambrientos

que no toleraron la dieta de un asesino

la abuela visitó a su nieto para su cumpleaños

con el gato en brazos y el pastel,

empezó a dictarle una receta

volveré con la niña del vecino

dijo al despedirse

al salir tenía las manos vacías

3

la casa tiene diez timbres:

uno para la puerta principal

otro para la del patio que da al río

el tercero para el perro tímido desde que murieron sus cachorros

el cuarto para el vendedor de hojillas de afeitar

el quinto para el viento del invierno-aunque rara vez lo usa-

el sexto para las hormigas, cuando la casa esté sola

el séptimo para el enterrador, el día que él desee

el octavo para la entrada y salida de las prostitutas

el noveno, por encima de la puerta, para la visita de mi madre

el último no está afuera, sino del lado de adentro,

para la mañana en que la casa me permita salir

4

el alma de los tigres está tan lejos del espíritu de un roble
como una armería se parece a un psiquiátrico
o un vendedor de pararrayos a un vendedor de plumas

el secreto está en la semejanza
con que un hombre llorando a gachas
puede confundirse con un árbol cortado

la distancia entre las cosas
es la esencia de cada objeto
así como Dios está tan lejos de su propia cara

5

la luna cayó a veinte metros del ministerio de justicia
sobre dos hombres que estaban peleando
no se realizó ningún sumario
ni se elevó pedido de extradición
no hay fronteras para un asesino
que no tiene manos ni brazos
que no tiene ojos para mirar lo que mata

la policía levantó los cuerpos
y los depositó en la morgue
los restos de la luna fueron recogidos con palas
envueltos en bolsas negras
y llevados al basurero de la ciudad

allí descansan los esqueletos del cielo

ya no hay luces en las noches ni fuego en los hogares
la gente mira al cielo como quien mira
un pozo lleno de niños muertos

6

he caminado por la cornisa de un edificio en llamas
las lanzas de agua de los bomberos no me alcanzaron

llegué al extremo del puente interrumpido
contemplé la ciudad habitada por caracoles gigantes
que dan vueltas en círculos sobre sí mismos
las alondras llegan en bandadas
y de a cientos levantan a cada caracol
para llevarlos a los nidos del cielo

el agua a mis pies es un mar
con cascos rojos y velas de cuero negro
donde nadan los escarabajos del cementerio

para una ciudad el fuego es una enfermedad
pero el mar es la muerte

7

los errores de un árbol se tapan con estiércol

los errores de un santo con páginas de tinta

los crímenes humanos no son deudas

son pagos al dios de la hierba

que crece en las comisuras de los labios

y entre los pliegues de las manos

la suciedad de hongos como lagos extensos

donde nacen los dioses acuáticos

con aletas plegadas en sacras palmas

y bocas con burbujas de sangre

el error es un número cero después de la última cifra

donde cada punto tiene dos caras:

la de un feto y la de un cadáver

8

cuando en el bosque veas
una docena de búhos cazando ratas
es porque la luna no ha salido aún
le temen y no cazan si ella los está mirando

cuando en el bosque encuentres
una docena de lobos muertos
la luna ya se ha levantado
ellos no toleran la luz de su sombra

en el bosque hay doce árboles caídos
ordenados con simetría en un prisma
y la luna yace entre ellos
porque no soportaron el tamaño del pasado

en todos los bosques del mundo
verás docenas de primas iguales
con cadáveres de lobos en el centro
y búhos volando sobre ellos
la luna sale y se pone rodeada de polvo

desde la ciudad escucharás cada noche

los gritos de las ratas

en un tren que descarrila

hay cien pasajeros sentados

Todos hombres que miran un punto fijo

quizá la nuca del que está adelante

quizá los ojos del hombre de enfrente

no se mueven

apenas pestañean cada exactos veinte minutos

sólo sus cabellos se agitan con la brisa del otoño

que entra por las ventanillas abiertas

sus hombros se rozan en los asientos contiguos

el tren no se detiene en las estaciones

el guarda pasa a pedir boletos

sólo entonces cada pasajero levanta su mano derecha

y extrae el boleto del bolsillo izquierdo de su saco

el guarda no hace preguntas y se va en silencio

pero el tren descarrila, se inclina hacia un lado

más y más hasta que se tumba en la tierra a cada lado de las vías

los hombres no se sujetan a nada, se dejan caer unos sobre otros

las telas prolijas se desgarran, hay sangre en las caras

los brazos se tuercen, los hierros del vagón los rodean

como serpientes con huesos fundidos en fraguas

ellos no se han resistido al deseo del tren

la voluntad de la inercia, el grávido corazón de la física

sus ojos ahora cerrados no parpadean

únicamente los cabellos se siguen moviendo

tocados por las manos blancas del viento del otoño

una lanza te atraviesa la cabeza
estás de espaldas sobre la tierra húmeda
pero el cielo es un cielo de ciudad
huelas el estiércol
el aroma de la madura fruta caída
y de arriba llega el calor de neumáticos gastados

en tus oídos hay un umbral
por debajo del cual oyes pisadas de animales
el viento entre las ramas y el llamado del búho
pero encima te aturden las bocinas de los autos
los gritos de un hombre enojado
y el llanto de niños en un hospital

llega una ambulancia y se estaciona en el barro
pero su blancura está manchada de smog
bajará un hombre a evaluar tu condición
verá un orificio en la frente, otro en la nuca
tal vez toque el barro al levantarte la cabeza
pero también verá la sangre en el asfalto

lo que no podrá explicarse
es por qué el trayecto de la bala sigue intacto
vacío, como si algo más lo ocupase
pero si el hombre de blanco te palpase la frente
con más cuidado por una vez siquiera
podría sentir con sus dedos la lanza
que atraviesa tu cabeza



Ricardo Curci nació en 1968 en Morón. Médico de profesión, ha desarrollado su afición a la literatura desde la adolescencia, realizando talleres literarios con el escritor Alberto Ramponelli, su principal mentor. Ha publicado ocho libros en los géneros de relato, novela, poesía y ensayo literario, y en diversos medios gráficos de cultura. Entre otros premios, cabe destacar la mención en Casa de las Américas en 2010 por el libro de relatos "El rostro de los monos". Actualmente vive en Escobar con su esposa, y varios perros.

